

A photograph of a dark-colored dog, possibly a Labrador, standing on a wooden dock. The dog is facing away from the camera, looking out over a calm body of water. The sky is a soft, hazy orange, suggesting sunset or sunrise. In the background, a line of trees is visible on the far shore. The dock has a metal railing on the right side.

STEPHEN KING

Laurie

Lloyd, un hombre que acaba de perder a su mujer, recibe un «regalo» inesperado por parte de su hermana. Laurie, una adorable cachorrilla mezcla de Border Collie y Mudi, que poco a poco cambiará su vida para siempre.

Pero lo que prometía ser una vida apacible de paseos por la playa y comidas relajantes se ve truncada por un hecho inesperado.

Stephen King

Laurie

ePub r1.2

lenny 28.01.2020

Título original: *Laurie*

Stephen King, 2018

Traducción: José Óscar Hernández Sendín

Fotografía de cubierta: discwog

Editor digital: lenny

Corrección de erratas: Astennu, plumbio

ePub base r2.1



Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Sobre el autor

1

Seis meses después de que, tras cuarenta años de matrimonio, su mujer falleciera, la hermana de Lloyd Sunderland había conducido desde Boca Ratón hasta Cayman Key para hacerle una visita. Llevaba consigo una cachorrita de pelaje gris oscuro que, según le informó, era una mezcla de border collie y mudi. Lloyd no tenía la menor idea de lo que era un mudi, y tampoco le importaba.

—No quiero ningún perro, Beth. Lo último que quiero en este mundo es un perro. Apenas puedo cuidar de mí mismo...

—Eso salta a la vista —dijo ella desenganchándole a la cachorrita una correa tan diminuta que parecía de juguete—. ¿Cuánto peso has perdido?

—No lo sé.

—Diría que unos seis o siete kilos —aventuró ella apreciativamente—. Te lo podías permitir, pero ya no mucho más. Voy a prepararte un revuelto de salchichas. Con tostadas. ¿Tienes huevos?

—No quiero revuelto de salchichas —replicó Lloyd observando a la perrita.

Estaba sentada sobre la alfombra blanca y mullida, y se preguntó cuánto tardaría en dejar allí su tarjeta de visita. Ciertamente que la alfombra pedía a gritos un buen aspirado, y probablemente una limpieza a fondo, pero al menos nunca se habían orinado en ella.

La perrita lo miraba con sus ojos color ámbar. Parecía estudiarlo.

—¿Tienes huevos o no?

—Sí, pero...

—¿Y salchichas? No, claro que no. Seguro que has estado alimentándote a base de gofres congelados y sopa de lata. Iré al supermercado Publix, pero primero voy a hacer inventario de tu nevera para ver qué más necesitas.

Era su hermana mayor, se llevaban cinco años; prácticamente lo había criado sola después de que su madre falleciera, por lo que de niño jamás había sido capaz de llevarle la contraria. Ahora eran mayores y seguía siendo incapaz de plantarle cara, más aún desde que Marian no estaba. Lloyd sentía un vacío en su interior, allí donde antes había albergado las entrañas. Quizá volvieran; quizá no. Sesenta y cinco años era una edad poco probable para la regeneración. No obstante, en

cuanto al perro... A eso sí que se opondría. ¿Qué diantres tenía Bethie en la cabeza?

—No voy a quedármela —dijo él mientras su hermana trasteaba por la cocina con sus piernas de cigüeña—. Tú la has comprado, así que tú la devuelves.

—No la he comprado. La madre era una border collie de pura raza que se escapó y se apareó con el perro de un vecino. Ese era el mudi. El dueño de la madre consiguió regalar los otros tres cachorros, pero a esta, como era la más pequeña de la camada, nadie la quería. El tipo, que cultiva hortalizas en un pequeño huerto, estaba a punto de llevarla a la perrera cuando pasé y vi un anuncio clavado en un poste de teléfonos donde ponía: ¿ALGUIEN QUIERE UN PERRO?

—Y pensaste en mí.

Seguía observando a la cachorrita, que le devolvía la mirada. Las orejas puntiagudas parecían ser la parte más grande de su cuerpo.

—Sí.

—Me *muerdo de pena*, Beth.

Su hermana era la única persona a la que se veía capaz de exponerle su terrible pesar, lo cual suponía un alivio.

—Lo sé.

Las botellas tintinearon en la nevera abierta y él alcanzó a ver en la pared la sombra de su hermana agachada y reorganizando el contenido.

Realmente es una cigüeña, pensó, una cigüeña humana que lo más seguro es que viva eternamente.

—Una persona en duelo necesita mantener la mente ocupada —prosiguió ella—. Cuidar de algo. Eso es lo que me dije cuando vi el anuncio: no se trata de quién quiere un perro, sino de quién necesita un perro. Y ese eres tú. Virgen santa, esta nevera parece una granja de moho. ¡Qué asco!

La cachorrita se levantó, dio un tímido paso hacia Lloyd, pero se lo pensó mejor (suponiendo que pensara) y volvió a sentarse.

—Quédatela tú.

—Rotundamente no. Jim es alérgico.

—Bethie, ¡tenéis dos gatos! ¿A ellos no les tiene alergia?

—Sí. Y por eso nos basta con dos gatos. Si es así como te sientes, me llevaré a la cachorrita al refugio de animales de Pompano Beach. Les dan tres semanas antes de sacrificarlos. Es una cosita tan mona con ese pelaje grisáceo... Quizá alguien la adopte antes de que le llegue la hora.

Aunque ella no miraba, Lloyd puso los ojos en blanco. Con ocho años solía hacer eso cuando Beth lo amenazaba con zurrarle en el trasero con la raqueta de bádminton si no ordenaba su cuarto. Hay cosas que nunca cambian.

—Haz las maletas —espetó él—, que embarcamos en uno de los cruceros de Beth Young por el mar de la culpabilidad. ¡Y con todos los gastos pagados!

Su hermana cerró la nevera y regresó al salón. La perrita la miró y luego continuó observando a Lloyd.

—Voy al Publix, donde calculo que me gastaré unos cien dólares. Te traeré los tíquets para que puedas reembolsarme el dinero.

—¿Y qué hago mientras tanto?

—¿Por qué no intentas entenderte con la inofensiva cachorrita que vas a enviar a la cámara de gas? —Se agachó y acarició la cabeza del animal—. Fíjate en estos ojitos esperanzados.

Lo único que Lloyd percibía en aquellos ojos color ámbar era vigilancia. Evaluación.

—¿Y qué se supone que debo hacer si se mea en la alfombra? Marian la colocó justo antes de enfermar.

Beth señaló la pequeña correa que había dejado encima del escabel.

—Sácala. Preséntale los parterres de Marian, esos que tienes tan abandonados. Y, por cierto, el pis tampoco estropearía demasiado esa alfombra. Da pena.

Cogió el bolso y se dirigió a la puerta con el viejo y vanidoso tijereteo de sus delgadas piernas.

—Una mascota es el peor regalo que le puedes hacer a alguien —insistió Lloyd—. Lo leí en internet.

—Donde todo es verdad, supongo.

Se detuvo y se volvió a mirarlo. La intensa luz de septiembre de la costa oeste de Florida le caía sobre el rostro, acentuando que el pintalabios se le había corrido a las pequeñas arrugas que le cercaban la boca, que los párpados inferiores habían empezado a descolgarse de los ojos y que el frágil engranaje de venas latía en el hueco de las sienes. Pronto cumpliría los setenta. Su vigorosa, testaruda, atlética e implacable hermana se había hecho mayor. Y él también. Ambos constituían la prueba de que la vida no era más que un breve sueño de una tarde de verano. Con la diferencia de que Bethie aún contaba con su marido, dos hijos adultos y cuatro nietos; la divina multiplicación de la naturaleza. Él había tenido a Marian, pero Marian se había ido y no habían tenido hijos. ¿Se suponía que iba a reemplazar a su mujer por un chucho mestizo? La idea le parecía tan sensiblera y estúpida como una tarjeta de felicitación de Hallmark, e igual de irreal.

—No pienso quedármela.

Ella lo miró como cuando era una niña de trece años y le advertía con la mirada de que, como no entrase en vereda, la raqueta de bádminton no tardaría en aparecer.

—Te la vas a quedar por lo menos hasta que vuelva del Publix. Tengo que hacer varios recados más, y los perros se mueren dentro de un coche al sol. Sobre todo los pequeños.

Cerró la puerta. Lloyd Sunderland, jubilado, viudo desde hacía seis meses, últimamente poco interesado en la comida (ni en ningún otro placer mundano), se sentó con la vista clavada en esa visitante no deseada que lo miraba desde la mullida alfombra.

—¿Qué estás mirando, boba? —le preguntó.

La cachorrita se levantó y se le acercó. De hecho, sus andares parecían los de un pato abriéndose paso entre la hierba alta. Volvió a sentarse, junto al pie izquierdo de Lloyd, y alzó la vista. Él bajó la mano, vacilante, esperando un mordisco, pero la perrita se la lamió. Lloyd agarró la correa diminuta y la abrochó al pequeño collar rosa.

—Venga, vamos a sacarte de la alfombra mientras aún estemos a tiempo.

Tiró de la correa. La cachorrita se limitó a permanecer sentada y a mirarlo. Lloyd suspiró y la cogió en brazos. Ella volvió a lamerle la mano. La llevó afuera y la dejó en la hierba. Hacía tanto que no la habían cortado que casi la engulló. Beth tenía razón en cuanto a las flores: tenían una pinta horrible, la mitad de ellas estaban tan muertas como Marian. Ese pensamiento le arrancó una sonrisa, aunque reírse por semejante comparación le hizo sentirse mala persona.

En la hierba los andares de pato de la perrita aún eran más exagerados. Dio una docena de pasos, luego bajó los cuartos traseros y orinó.

—No está mal, pero no pienso quedarme contigo.

Empezaba a sospechar que, cuando Beth regresara a Boca Ratón, la perrita no la acompañaría. No, esa visitante no deseada se quedaría con él, en esa casa a menos de un kilómetro del puente levadizo que conectaba el cayó con el continente. No iba a funcionar; nunca en su vida había tenido un perro, pero, hasta que encontrara a alguien que la adoptara, quizá le proporcionara algo que hacer aparte de ver la televisión o sentarse ante el ordenador a jugar al solitario o a navegar por sitios que, al principio, cuando se jubiló, le habían parecido interesantes y ahora lo mataban de aburrimiento.

Dos horas más tarde, cuando Beth llegó a casa, Lloyd estaba de nuevo en su butaca y la cachorrita, de nuevo en la alfombra, durmiendo. Su hermana, a quien quería pero que lo había fastidiado toda su vida, consiguió superarse a sí misma al regresar con mucho más de lo que él esperaba. Apareció con una bolsa grande de pienso para cachorros (orgánico, por supuesto) y un envase grande de yogur natural (se suponía que al añadirse a la comida fortalecería el cartílago de aquellas antenas de radar que tenía por orejas). Además, Beth había comprado empapadores para mascotas, una cama para perros, tres juguetes para mordisquear

(dos de los cuales emitían un chirrido irritante) y un parque para bebés que, según afirmaba, evitaría que la cachorrita merodeara por la noche.

—Por Dios, Bethie, ¿cuánto te ha costado todo esto?

—En la tienda estaban de rebajas —se justificó ella, eludiendo la pregunta de una forma que Lloyd conocía bien—. Nada. Esto corre de mi cuenta. Y ahora que lo he comprado, ¿sigues queriendo que me la lleve? Porque entonces te tocará a ti devolverlo.

Lloyd ya estaba acostumbrado a que su hermana siempre jugara mejor sus cartas.

—Le daré una oportunidad, solo para probar, pero *no* me gusta que me cargues con esta responsabilidad. Siempre fuiste una mandona...

—Sí —afirmó ella—. Mamá había muerto y papá era un alcohólico funcional, un caso perdido, así que no tuve opción. Bueno, ¿qué me dices ahora del revuelto?

—Vale.

—¿Ya se ha meado en la alfombra?

—No.

—Lo hará. —En realidad, daba la impresión de que a Beth aquella idea la complacía—. Tampoco será una gran pérdida. ¿Cómo la vas a llamar?

Si le pongo nombre, será mía, pensó Lloyd. Solo él sospechaba que ya era suya, y había sucedido desde aquel primer tímido lametón. Igual que Marian fue suya desde el primer beso. Otra comparación estúpida, pero ¿puede uno controlar el modo en que la mente clasifica las cosas? No más de lo que uno podía controlar los sueños.

—Laurie —respondió él.

—¿Por qué Laurie?

—No lo sé. Es lo primero que se me ha ocurrido.

—Bueno, no está mal —convino ella.

Laurie los siguió a la cocina. Andando como un pato.

2

Lloyd cubrió la alfombra blanca y mullida con los empapadores y montó el parque para bebés en el dormitorio (pillándose los dedos en el proceso); luego entró en su estudio, encendió el ordenador y empezó a leer un artículo titulado «¡Ya tienes un nuevo cachorro! ¿Ahora qué?». Hacia la mitad del texto se percató de que Laurie se había sentado junto a su zapato y lo buscaba con la mirada. Decidió ponerle algo de comer y entonces descubrió un charco de orina en el arco que separaba la cocina del salón, a unos quince centímetros del empapador más cercano. Levantó a Laurie, la puso junto al pis y le dijo:

—Aquí no. —Luego la colocó encima del empapador impoluto—. Hazlo aquí.

Ella lo miró y, a continuación, con sus andares de cachorro-pato, volvió a la cocina, donde se tumbó junto al horno con el hocico apoyado sobre una pata, sin dejar de observarlo. Lloyd agarró un puñado de servilletas de papel. Intuía que en las próximas semanas iba a usar una gran cantidad de ellas.

Una vez que hubo limpiado el charco (muy pequeño, había que admitirlo), echó un cuarto de taza de pienso —la dosis recomendada según el artículo de internet— en un bol para cereales y lo mezcló con yogur. La perrita se despachó de buena gana. Mientras la veía comer, sonó el teléfono. Era Beth, que llamaba desde un área de servicio en alguna parte de los páramos de Alligator Alley.

—Deberías llevarla al veterinario —le aconsejó su hermana—. Se me olvidó comentártelo.

—Ya lo sé, Bethie. —Lo mencionaban en «¡Ya tienes un nuevo cachorro! ¿Ahora qué?». —

Ella prosiguió como si él no hubiera hablado, otro rasgo que Lloyd conocía bien.

—Creo que necesitará vitaminas y medicación para la dirofilariosis, seguro, además de algo para las pulgas y garrapatas..., probablemente una pastilla que se tragan con la comida. También habrá que esterilizarla, extirparle los ovarios, ya sabes, pero imagino que habrá que esperar un par de meses.

—Ya, eso será si me la quedo —puntualizó él.

Laurie había terminado de comer y se alejaba hacia el salón. Con la barriga llena, sus andares de pato eran más pronunciados. Lloyd pensó que parecía que estuviera un poco borracha.

—Acuérdate de sacarla a pasear.

—Sí.

Cada cuatro horas, según «¡Ya tienes un nuevo cachorro! ¿Ahora qué?», lo cual era ridículo. No tenía la más mínima intención de levantarse de la cama a las dos de la madrugada para sacar a pasear a su huésped no invitada.

Leer la mente era otra de las especialidades de su hermana.

—Seguro que estás pensando que levantarte en mitad de la noche será un fastidio.

—Se me ha pasado por la cabeza...

Ella hizo oídos sordos, como solo Bethie sabía hacer.

—Pero como dices que tienes insomnio desde que murió Marian, entonces no creo que te cueste demasiado.

—Muy comprensivo y bondadoso por tu parte, Bethie.

—Lo único que digo es que esperes a ver cómo va la cosa. Dale una oportunidad a la criaturita. —Hizo una pausa—. Y, ya que estás, date una oportunidad a ti mismo, Lloyd. Trabajé para una compañía de seguros durante casi cuarenta años y puedo afirmar que los hombres de tu edad corren mayor riesgo de enfermar tras la pérdida de su esposa. Y también mueren antes, por supuesto.

Ante eso, él guardó silencio.

—¿Me lo prometes?

—Prometerte ¿qué? —Como si no lo supiera.

—Que le darás una oportunidad.

Beth intentaba arrancarle un compromiso que Lloyd estaba poco dispuesto a contraer. Miró a su alrededor como buscando inspiración y divisó un zurullo —una pequeña salchicha solitaria— en el punto exacto en que antes estaba el charco de orina, a unos quince centímetros del empapador más cercano.

—Bueno, ahora la criaturita está aquí conmigo, ¿no? —replicó él. Era lo máximo que podía ofrecerle—. Conduce con cuidado.

—A cien todo el camino. Me adelantan mucho y algunos me pitan, pero no acelero porque ya no confío en mis reflejos.

Se despidió de su hermana, echó mano a varias servilletas de papel y recogió la salchicha. Laurie lo observaba con sus ojos color ámbar. A continuación la llevó afuera, pero allí no hizo nada. Veinte minutos más tarde, cuando terminó de leer otro artículo sobre la educación de los cachorros, se topó con un nuevo charco de pis en el arco entre el salón y la cocina.

A quince centímetros del empapador más cercano.

Se inclinó hacia delante, con las manos en las rodillas y la espalda lanzando su habitual tañido de advertencia.

—Estás en tiempo de descuento, colega.

Ella lo miró.

Parecía estudiarlo.

3

A última hora de esa tarde —tras dos micciones perrunas más, una de ellas ciertamente en el empapador más cercano a la cocina—, Lloyd le ató la correa diminuta, se colocó a Laurie en el pliegue del codo, como si de un balón se tratara, y la sacó a la calle. La dejó en el suelo y la instó a seguir el camino que se abría detrás de la pequeña urbanización. Conducía a un canal poco profundo que discurría por debajo del puente levadizo. En ese momento el tráfico estaba cortado, esperando a que el juguete caro de algún Señor Ricachón cruzara de la bahía de Oscar rumbo al golfo de México. La perrita caminaba con su característico andar de pato, de lado a lado, deteniéndose de vez en cuando a olisquear matojos de hierbas que, desde su perspectiva, debían de parecerle matorrales selváticos impenetrables.

Un destartalado paseo de madera conocido como el Camino de las Seis Millas (por razones que Lloyd nunca había comprendido, pues a lo sumo llegaba a la milla) corría paralelo al canal, y el vecino de la casa de al lado estaba allí, entre dos señales en las que ponía PROHIBIDO ARROJAR BASURA y PROHIBIDO PESCAR. Más allá, había otra que pretendía decir ¡PRECAUCIÓN, ALIGÁTORES!, pero alguien había pintado con espray la última palabra y la había sustituido por DEMÓCRATAS.

Al ver a Don Pitcher encorvado sobre su elegante bastón de caoba y tirando de su braguero, Lloyd siempre sentía un pequeño, pero inconfundible, arrebató de mezquina satisfacción. El hombre era una gramola de soporíferas opiniones políticas, además de un carroñero impenitente. Si alguien del vecindario moría, Don era el primero en enterarse. Si alguien del vecindario pasaba por dificultades financieras, también era el primero en saberlo. La espalda de Lloyd ya no era la de antaño, ni tampoco sus ojos ni sus oídos, pero aún le quedaban años para necesitar bastón y braguero. O al menos eso esperaba.

—Fíjate en ese barco —señaló Don cuando Lloyd llegó a su altura (Laurie, quizá por miedo al agua, permanecía rezagada al final de la correa)—. ¿A cuánta gente pobre podría alimentarse con él en África?

—Creo que ni siquiera una persona hambrienta se comería un barco, Don.

—Ya entiendes lo que... Eh, ¿qué tienes ahí? ¿Un cachorrito? ¡Qué majo!

—Cachorrita —precisó Lloyd—. Se la estoy guardando a mi hermana.

—Eh, hola, pequeñina —la saludó Don inclinándose hacia delante y extendiendo la mano.

Laurie retrocedió y ladró por primera vez desde que Beth se presentó con ella: dos ladridos altos y agudos, y luego silencio. Don se enderezó.

—No es de muchos amigos, ¿eh?

—No te conoce.

—¿Se caga por la casa?

—No mucho.

Durante un rato contemplaron el balandro a motor. Laurie se sentó en el borde astillado del paseo y observó a Lloyd.

—Mi mujer no quiere saber nada de perros —comentó Don—. Dice que solo dan problemas y lo ensucian todo. De crío tuve uno, una collie muy bonita, aunque ya tenía una edad. Se cayó a un pozo. La tapa estaba podrida y abajo que se fue. Hubo que subirla con... como se llame esa cosa.

—¿Ah, sí?

—Sí. Más vale que la tengas vigilada cerca de la carretera. Como salga corriendo, adiós muy buenas. Pero ¡fíjate en el tamaño de ese maldito barco! Me juego lo que quieras a que se queda varado.

El balandro no encalló.

Mientras el puente levadizo descendía y el tráfico empezaba a rodar de nuevo, Lloyd miró a la perrita y vio que dormía tumbada de lado. La cogió en brazos. Laurie abrió los ojos, le lamió la mano y volvió a dormirse.

—Tengo que volver y preparar algo de cena. Cuidado, Don.

—Lo mismo digo. Y no le quites ojo a esa cachorrita o te lo destrozará todo.

—Tiene juguetes para mordisquear.

Don sonrió exhibiendo una dentadura mellada que le provocó escalofríos.

—Preferirá tus muebles. Espera y verás.

4

Aquella noche, mientras veía las noticias en la televisión, Laurie se acercó a un lado de la butaca y profirió los mismos dos ladridos agudos y cortos de antes. Lloyd estudió sus vivarachos ojos, sopesó los pros y los contras, y luego la levantó y la sentó en su regazo.

—Como me mees encima, te mato —le advirtió.

Ella no se le meó encima. Se echó a dormir con el hocico bajo la cola. Lloyd la acarició distraídamente mientras veía las imágenes grabadas con un teléfono móvil de un ataque terrorista en Bélgica. Cuando acabaron las noticias, se llevó a Laurie afuera, de nuevo cargando con ella como si fuera un balón. Le abrochó la correa y la dejó acercarse hasta la cuneta de Oscar Road, donde se agachó e hizo sus cosas.

—Buena idea —dijo Lloyd—. Recuérdalo para la próxima.

A las nueve, forró el parque para bebés con una capa doble de empapadores —se dio cuenta de que al día siguiente tendría que comprar más, junto con otros tantos rollos de papel de cocina— y la metió allí. Laurie se sentó, observándolo. Cuando Lloyd le dio un poco de agua en una taza, ella bebió a lengüetazos durante un rato y luego se tumbó sin dejar de mirarlo.

Lloyd se quedó en ropa interior y se acostó, ni siquiera se molestó en retirar la colcha. Sabía por experiencia que, si lo hacía, por la mañana se la encontraría en el suelo, víctima de sus vueltas en la cama. Aquella noche, sin embargo, el sueño lo venció casi al instante y durmió de un tirón hasta las dos de la madrugada, cuando el tono agudo de un llanto lo despertó.

Laurie yacía con el hocico encajado entre las barras del parque, como un triste recluso en régimen de aislamiento. Varias salchichas adornaban los empapadores. Imaginando que a esas horas de la madrugada apenas habría transeúntes en Oscar Road que pudieran ofenderse por ver a un hombre en calzoncillos y camiseta de tirantes, Lloyd se calzó las zapatillas y sacó a su visitante (todavía veía así a Laurie). La dejó en el camino pavimentado de conchas que llevaba al garaje. La perrita merodeó un rato de aquí para allá con sus andares de pato, olisqueó una plasta de pájaro y orinó encima. Él le repitió que lo recordara para la próxima.

Ella se sentó y miró hacia la carretera desierta. Lloyd alzó la mirada hacia las estrellas. Al principio pensó que nunca había visto tantas, pero luego se dijo que seguramente sí, solo que hacía mucho. Trató de acordarse de la última vez que había estado en la calle a las dos de la mañana y fue incapaz de recordarlo. Contempló la Vía Láctea, casi hipnotizado, hasta que se dio cuenta de que se estaba durmiendo de pie. Cogió a la perrita y volvió a llevarla adentro.

Laurie lo observaba en silencio mientras cambiaba los empapadores en los que se había cagado, pero los lamentos se reanudaron en cuanto la dejó en el parque. Se planteó llevársela a la cama, pero, según «¡Ya tienes un nuevo cachorro! ¿Ahora qué?», esa era una muy mala idea. La autora del artículo (una veterinaria llamada Suzanne Morris) lo expresaba de forma inequívoca: «Una vez que emprendas ese camino, te resultará muy difícil dar marcha atrás». Además, no le agradaba la idea de despertarse y encontrar una de aquellas salchichitas marrones en el lado donde había dormido su mujer. No solo le parecería una falta simbólica de respeto, sino que significaría tener que cambiar la cama, una tarea que tampoco le hacía mucha gracia, pues siempre la liaba.

Se dirigió a la habitación que Marian había denominado su «guarida». La mayoría de sus cosas continuaban allí; a pesar de la fuerte insistencia de su hermana, él aún no había reunido el valor necesario para hacer limpieza. Básicamente, evitaba entrar en ese cuarto desde la muerte de Marian. Incluso le dolía mirar las fotos colgadas en la pared, y más a las dos de la madrugada. Creía que a esas horas la piel de una persona se tornaba más fina. Hasta las cinco, cuando la primera luz del alba despuntaba por el este, no empezaba a endurecerse de nuevo.

Marian nunca se había actualizado comprándose un iPod, pero el reproductor de CD portátil que solía llevar a las clases de gimnasia dos veces por semana descansaba en la balda sobre su reducida colección de álbumes. Abrió el compartimento de las pilas y no detectó ningún indicio de corrosión en las triple A. Repasó los CD con el pulgar, se detuvo en uno de Hall y Oates, pero finalmente se decantó por un recopilatorio de los grandes éxitos de Joan Baez. Insertó el disco y comprobó que al cerrar la tapa giraba satisfactoriamente. Regresó con el aparato al dormitorio. Laurie dejó de gemir en cuanto lo vio. Pulsó el botón de PLAY y Joan Baez empezó a cantar «The Night They Drove Old Dixie Down». Colocó el reproductor encima de uno de los empapadores secos. Laurie lo olisqueó y luego se tendió junto a él, con el hocico rozando la etiqueta adhesiva en la que se leía: PROPIEDAD DE MARIAN SUNDERLAND.

—¿Te sirve? —preguntó Lloyd—. Eso espero, maldita sea.

Volvió a la cama y se tumbó con las manos bajo la almohada, donde la tela estaba fría. Escuchó la música. Cuando Baez empezó a cantar «Forever Young»,

lloriqueó un poco. Qué predecible, pensó. Menudo cliché.
Entonces se durmió.

5

Septiembre dio paso a octubre, el mejor mes del año en el norte del estado de Nueva York, donde Marian y él habían vivido hasta su jubilación, y, en la modesta opinión de Lloyd (EMHO, como dicen en Facebook), la mejor época allí, en la costa oeste de Florida. La canícula había pasado, pero los días seguían siendo cálidos y las frías noches de enero y febrero estaban en el siguiente calendario. La mayoría de las aves migratorias se hallaban también en el siguiente calendario, y el puente levadizo Oscar, en vez de abrir y cerrar cincuenta veces al día, cortaba el tráfico solo unas doce o veinte veces. Sin olvidar que había mucho menos tráfico que controlar.

El Cayman Key reabrió sus puertas tras un paréntesis de tres meses y permitían la entrada de perros en una zona denominada el Patio del Cachorro. Lloyd llevaba a Laurie allí a menudo, los dos paseando sin prisas junto al canal por el Camino de las Seis Millas. Lloyd alzaba a la perrita allí donde los juncos habían invadido el paseo de madera; si bien ella trotaba con soltura bajo el palmito colgante, Lloyd tenía que abrirse paso con la cabeza gacha y los brazos extendidos para apartar las matas más tupidas, siempre con el temor de que algún roedor le cayera en el pelo, aunque eso nunca le había ocurrido. Cuando llegaban al restaurante, ella se sentaba tranquila junto a su zapato, al sol, y en ocasiones Lloyd premiaba su buen comportamiento con una patata frita de su bandeja de pescado frito. Al verla, todas las camareras exclamaban embelesadas y se agachaban para acariciarle el grisáceo pelaje.

Bernadette, la encargada, estaba especialmente prendada de ella.

—¡Qué *carita*! —decía siempre, como si eso lo explicara todo.

Se arrodillaba junto a Laurie, lo cual brindaba a Lloyd una excelente y siempre bien apreciada visión de su escote.

—Oooh, ¡qué *carita*!

Laurie aceptaba las atenciones, pero no parecía que estuviera deseándolas. Se limitaba a sentarse echándole una ojeada a su nueva admiradora antes de volver a centrar su atención en Lloyd. Parte de su interés quizá se debiera a las patatas

fritas, pero no todo; cuando él veía la televisión, lo miraba con la misma atención. Hasta que, obviamente, se quedaba dormida.

Aprendió rápido dónde hacer sus necesidades y, a pesar de la predicción de Don, no le destrozó los muebles. Mordisqueaba sus juguetes, que se duplicaron: primero, de tres a seis; luego, de seis a doce. Lloyd encontró una caja vieja de madera para guardarlos. Por las mañanas, Laurie se dirigía a ella, plantaba las zarpas en el borde y examinaba el contenido como un comprador evalúa los artículos en un Publix. Finalmente escogía uno, se lo llevaba a un rincón y lo roía hasta que se hartaba. Después, regresaba a la caja y elegía otro. Al final del día terminaban desparramados por todo el dormitorio, el salón y la cocina. La última tarea de Lloyd antes de acostarse consistía en recogerlos y devolverlos a la caja, no por el desorden, sino porque parecía que a la perrita le producía una gran satisfacción inspeccionar cada mañana el botín que tenía acumulado.

Beth telefoneaba a menudo para interrogarle sobre sus hábitos de comida, recordarle los cumpleaños y aniversarios de viejos amigos y de familiares aún más viejos, y mantenerle al tanto de quién había estirado la pata. Para concluir, siempre le preguntaba si Laurie seguía a prueba. Lloyd respondió que sí hasta un día de mediados de octubre. Acababan de llegar del restaurante y Laurie dormía en el suelo en medio del salón, tumbada boca arriba, con las patas estiradas apuntando hacia los cuatro puntos cardinales. La brisa del aire acondicionado le movía el pelo del vientre y Lloyd se dio cuenta de que era preciosa. No era sensiblería, sino un hecho de la naturaleza. Sentía lo mismo al contemplar las estrellas cuando la sacaba para que hiciera el último pis de la noche.

—No, supongo que ya hemos superado la fase de prueba. Pero te digo una cosa, Bethie: si me sobrevive, o te la quedas tú y que les den por culo a las alergias de Jim, o le buscas un buen hogar.

—Recibido, Patito de Goma —respondió ella recurriendo a una expresión que había sacado de una vieja canción de carretera allá por los años setenta y que desde entonces no paraba de repetir. Era otra de las cosas de Beth que a Lloyd le parecían al mismo tiempo adorables y jodidamente irritantes—. Me alegro mucho de que esté funcionando. —Bajó la voz—. La verdad es que no tenía muchas esperanzas.

—Entonces ¿por qué me la trajiste?

—Fue un tiro a ciegas. Sabía que necesitabas *algo* que te diera más trabajo que un pez. ¿Ha aprendido a ladrar?

—Más o menos. Lo hace cuando pasa el cartero, el de UPS o si Don se acerca a tomar una cerveza. Suelta algo parecido a dos ladridos y ya. Y siempre dos. ¿Cuándo vendrás por aquí?

—La última vez fui yo. Ahora te toca venir a ti.

—Tendré que llevarme a Laurie. No la dejo con Don y Evelyn Pitcher ni en sueños.

Mirando a su cachorrita dormida, supo que jamás la dejaría con nadie. Incluso durante los cortos trayectos al supermercado se ponía nervioso pensando en ella, y siempre respiraba aliviado cuando la veía esperándolo en la puerta al volver a casa.

—Pues tráela. Tengo ganas de ver cuánto ha crecido.

—¿Y qué pasa con las alergias de Jim?

—Que les den por culo a sus alergias —sentenció ella y colgó entre risas.

6

Tras las exclamaciones y muestras de cariño iniciales de Beth al ver a Laurie — que, excepto por una parada para que aliviara la vejiga, había dormido en el asiento trasero durante todo el trayecto hasta Boca—, pronto se impusieron sus habituales prioridades de hermana mayor. Si bien sabía cómo darle la lata con multitud de temas (era una experta en ese sentido), esta vez su principal preocupación era que Lloyd visitara al doctor Albright para someterse a un chequeo que llevaba tiempo postergando.

—Aunque tienes buen aspecto —concedió ella—. Lo admito. Incluso parece que has cogido color. Eso suponiendo que no sea ictericia, claro.

—Siempre puedo contar contigo para que me des ánimos, Bethie. Es el sol. Paseo a Laurie tres veces al día. Por la playa cuando nos levantamos, por el Camino de las Seis Millas a mediodía, cuando voy a comer al Cayman Key, y otra vez por la playa al atardecer. Para la puesta de sol. A ella le trae sin cuidado, los perros carecen de sentido estético, pero yo la disfruto.

—¿La llevas por el paseo del canal? Virgen santísima, Lloyd, ¡si es una ruina! Cualquiera día se hundirá bajo tus pies y os tirará al canal, a ti y a esta princesita. —Frotó la cabeza de Laurie. El animal entornó los ojos e incluso pareció que sonreía.

—Lleva ahí como cuarenta años. Creo que durará más que yo.

—¿Has concertado ya cita con el médico?

—No, pero lo haré.

Ella le tendió el teléfono.

—¿Por qué no lo llamas ahora? Quiero verte.

Lloyd supo, por la expresión de sus ojos, que ella no esperaba que aceptara, lo cual supuso una razón para hacerlo. Pero no la única. En años anteriores le daba pavor acudir al hospital; aguardaba el momento (condicionado sin duda por demasiadas series de televisión) en que el médico lo miraría muy serio y diría: «Tengo malas noticias».

Sin embargo, ahora se sentía bien. Cuando se levantaba por la mañana tenía las piernas agarrotadas, probablemente debido a las caminatas, y la espalda le

crujía más que nunca, pero al sondear su interior no hallaba nada inquietante. Sabía que el cuerpo de un anciano podía albergar cosas malignas capaces de crecer inadvertidas durante mucho tiempo, reptando despacio hasta que llegaba la hora de acelerar, pero nada había progresado hasta el punto de ser visible: no había sangre en sus heces ni en sus esputos, no sentía ningún dolor agudo en las tripas, tragaba sin dificultad, orinaba sin dolor... Reflexionó que era mucho más fácil ir al médico cuando tu cuerpo te decía que no existían motivos para hacerlo.

—¿Por qué sonríes?

La voz de Beth denotaba suspicacia.

—Por nada. Dame eso.

Alargó el brazo hacia el teléfono, pero ella lo apartó.

—Si de verdad vas a llamar, utiliza el tuyo.

7

Dos semanas después de la revisión, el doctor Albright le pidió que fuera a su consulta para analizar los resultados. Eran buenos.

—El peso está más o menos donde debería, la presión sanguínea es normal, lo mismo que los reflejos. Los niveles de colesterol han mejorado respecto a la última vez que nos dejaste sacarte sangre...

—Lo sé, hace mucho —dijo Lloyd—. Probablemente demasiado.

—De probablemente nada. En cualquier caso, por ahora no hace falta que te recete lípidos, lo cual deberías considerarlo una victoria. La mitad de mis pacientes de tu edad los toman.

—Camino mucho —explicó Lloyd—. Mi hermana me regaló una perra, una cachorrita.

—Los cachorros son la idea que tiene Dios de un perfecto programa de ejercicio físico. Por lo demás, ¿cómo te va? ¿Te las arreglas?

Albright no necesitaba ser más específico. Marian también había sido su paciente, y mucho más aplicada que su marido en lo relativo a los chequeos semestrales; muy proactiva en todo, así era Marian Sunderland; pero el tumor que primero le robó la inteligencia y luego la mató había escapado a su proactividad. Eclosionó a demasiada profundidad. Un glioblastoma, pensaba Lloyd, era la versión de Dios de una bala del calibre 45 en el cerebro.

—Bastante bien —respondió Lloyd—. Ya duermo bien. La mayoría de las noches me acuesto cansado, y eso ayuda.

—¿Por la perrita?

—Sí. Sobre todo por ella.

—Deberías llamar a tu hermana y darle las gracias —sugirió Albright.

Lloyd consideró que era buena idea y esa misma tarde siguió el consejo del médico. Beth le contestó que había sido un placer. Después Lloyd llevó a Laurie a pasear por la playa. Él contempló la puesta de sol. Ella encontró un pez muerto y le meó encima. Los dos volvieron a casa satisfechos.

8

El 6 de diciembre de aquel año empezó como de costumbre, con un paseo por la playa seguido del desayuno: pienso Gaines Meal para Laurie, unos huevos revueltos y una tostada para Lloyd. Nada presagiaba que Dios estaba amartillando su revólver del calibre 45.

Lloyd vio la primera hora del programa *Today* y luego fue a la guarida de Marian. Había accedido a encargarse de la contabilidad del Cayman Key y de un concesionario de automóviles de Sarasota. Se trataba de un trabajo con poca presión, sin estrés, y, aunque tenía cubiertas sus necesidades económicas, se sentía bien volviendo a trabajar. Y descubrió que prefería el escritorio de Marian al suyo. También le gustaba su música. Siempre le había gustado. Creía que a Marian le alegraría saber que su espacio se estaba usando.

Laurie se sentó junto a la silla mordisqueando a conciencia un conejo de juguete, y luego se echó una siesta. A las diez y media, Lloyd guardó el trabajo y apagó el ordenador.

—Hora de un tentempié, chica.

Ella lo siguió hasta la cocina y aceptó un palo masticable de cuero. Lloyd tomó un vaso de leche y un par de galletas, regalo anticipado de su hermana. Se le habían quemado por abajo (las galletas navideñas carbonizadas eran otra de las especialidades de Beth), pero se podían comer.

Leyó un rato —lidiaba con la considerable *obra* de John Sandford—, hasta que lo despertó un tintineo familiar. Era Laurie, desde la puerta principal. La correa estaba colgada del pomo y, con el hocico, sacudía el cierre metálico adelante y atrás. Lloyd miró el reloj y vio que eran las doce menos cuarto.

—Vale, ya voy.

Soltó la correa, se palpó el bolsillo izquierdo para cerciorarse de que llevaba la cartera y dejó que Laurie lo guiara hacia la brillante luz del mediodía. Mientras recorrían el Camino de las Seis Millas, observó que Don había estado desempaquetando su colección de adornos navideños, tan tradicional como horrenda: un nacimiento (sagrado), un Papá Noel gigante de plástico (profano) y un grupo de gnomos de jardín emperifollados para parecer elfos (al menos Lloyd

creía que esa era la intención). Don no tardaría en arriesgar la vida subiéndose a una escalera para tender un cordón de luces intermitentes con las que el *bungalow* de los Pitcher parecería el casino fluvial más pequeño del mundo. En años anteriores los adornos de Don le habían puesto triste, pero ese día Lloyd se echó a reír. Había que reconocer que el hijo de puta tenía mérito: padecía artritis, le fallaba la vista y tenía mal la espalda, pero no se rendía. Para Don era o Navidad o nada.

Evelyn salió a la terraza de atrás. Llevaba puesta una bata rosa desabotonada, tenía las mejillas embadurnadas de una especie de crema amarillo blancuzca y el pelo alborotado en todas direcciones. Don le había confesado a Lloyd que a su mujer habían empezado a aflojarse los tornillos, y sin duda ese día daba esa impresión.

—¿Lo has visto? —preguntó Evelyn.

Laurie alzó la mirada y le dedicó su saludo marca de la casa: algo parecido a dos ladridos.

—¿A quién? ¿A Don?

—¡No, a John Wayne! ¡Pues claro que a Don! ¿A quién si no?

—No lo he visto —respondió Lloyd.

—Bueno, pues si te lo encuentras por ahí, dile que no haga más el gandul y que termine de poner los adornos de las narices. Ha dejado las luces colgando y ¡los Reyes Magos siguen en la puerta del garaje! ¡Ese hombre está *chiflado*!

En ese caso, ya sois dos, pensó Lloyd.

—Le pasaré el mensaje si lo veo.

Evelyn se inclinó peligrosamente sobre la barandilla.

—¡Qué preciosidad de perro tienes! ¿Cómo dijiste que se llamaba?

—Laurie —le dijo Lloyd, como muchas otras veces antes.

—¡Ah, una perra, una perra, una perra! —exclamó Evelyn con una suerte de fervor shakesperiano y entonces se rio a carcajada limpia—. ¡Cuánto voy a alegrarme cuando se termine la Navidad de las narices! ¡Eso también puedes decírselo!

Se irguió (un alivio; Lloyd no creía que hubiera podido agarrarla si se hubiera caído) y volvió a entrar en el *bungalow*. Laurie se levantó y echó a correr por el paseo de madera, con el hocico apuntando hacia los olores a fritos que flotaban en el aire, procedentes del restaurante de pescado. Lloyd fue tras ella, con ganas de tomarse un filete de salmón a la parrilla con guarnición de arroz. Las frituras habían empezado a sentarle mal.

El canal serpenteaba, y el Camino de las Seis Millas serpenteaba con él, doblando perezosamente a izquierda y derecha, abrazando la orilla cubierta de vegetación. Aquí y allá faltaban algunos tablones. Laurie se detuvo a observar a

un pelícano zambullirse y emerger con un pez coleando dentro del saco de su pico; luego prosiguieron la marcha. Se paró ante un ramillete de juncos que afloraban entre dos tablones combados. Lloyd la cogió por el vientre, era ya demasiado grande para cargar con ella como si fuera un balón. Más allá, justo antes de la siguiente curva, un palmito había crecido sobre el paseo formando un arco de baja altura. Laurie era lo bastante pequeña para pasar cómodamente por debajo, pero se detuvo a olfatear algo. Lloyd la alcanzó y se agachó a ver qué había encontrado. Era el bastón de Don Pitcher. Y, aunque estaba hecho de caoba sólida, una grieta lo recorría desde la punta de goma hasta la mitad de su longitud.

Lloyd lo recogió y examinó las tres o cuatro gotas de sangre que moteaban la madera.

—Esto no es buena señal. Más vale que demos...

Pero Laurie echó a correr como un rayo y le arrancó la correa de la mano de un tirón. Desapareció bajo el arco verde, con el asa de la correa repiqueteando y dando tumbos tras ella. Entonces empezaron los ladridos, no los dos de costumbre, sino una descarga de sonidos graves y profundos que él habría jurado que la perrita era incapaz de emitir. Alarmado, Lloyd se agachó y se internó bajo el palmito, agitando el bastón de un lado a otro para apartar la vegetación. Las ramas lo azotaban y le arañaban las mejillas y la frente. En algunas advirtió gotas y manchas de sangre. Y había más sangre en las tablas.

Al otro lado estaba Laurie con las patas delanteras extendidas, el lomo arqueado y el hocico rozando los tablones del paseo. Ladraba a un aligátor, una bestia plenamente desarrollada, adulta, de al menos tres metros de longitud, tiznada de un apagado color verde negruzco. Sus ojos sin brillo miraban al ruidoso animalillo de Lloyd. Estaba encima del cuerpo de Don Pitcher, la parte inferior de su morro chato apoyada en el cuello de Don, quemado por el sol; las garras delanteras, cortas y escamosas, apresaban con gesto posesivo sus huesudos hombros. Era el primer aligátor que Lloyd veía desde la visita que realizó con Marian a los Jardines Selváticos de Sarasota, y de eso ya hacía años.

La parte superior de la cabeza de Don había desaparecido casi por completo. Lloyd entreveía el cráneo astillado entre el pelo que su vecino aún conservaba. Una masa sanguinolenta, aún húmeda, se secaba en su mejilla. Había grumos como de harina de avena en ella, y Lloyd se dio cuenta de que estaba contemplando el cerebro de Don Pitcher. Que Don hubiera concebido pensamientos con esa misma materia hacía quizá solo unos minutos parecía despojar al mundo entero de sentido.

El asa de la correa de Laurie había resbalado por el borde del paseo y había caído al canal. Ella continuaba ladrando. El aligátor la escrutaba, inmóvil por el momento. Parecía increíblemente estúpido.

—¡Laurie! ¡Cállate! ¡Cierra la puta boca!

Se acordó de Evelyn Pitcher, plantada en la terraza como una actriz en el proscenio de un teatro, gritando: «¡Oh, una perra, una perra, una perra!».

Laurie dejó de ladrar, pero continuó gruñendo desde el fondo de su garganta. Daba la impresión de que su tamaño se había duplicado, porque el pelaje gris oscuro no solo se le erizaba en el cogote sino por todo el cuerpo. Lloyd apoyó una rodilla en el suelo, sin apartar la vista en ningún momento del reptil, y sumergió la mano en el canal, tanteando en busca de la correa. Encontró el cordel, levantó el asa, la sujetó con fuerza y se puso en pie sin dejar de vigilar a la cosa negro-verduzca que descansaba sobre el cadáver de Don. Tiró de la correa. Al principio fue como tratar de arrastrar un poste clavado en la tierra —así de firme se mantenía Laurie—, pero luego se volvió hacia él y, en ese instante, el reptil alzó la cola y descargó un latigazo que esparció gotas de agua por doquier e hizo que el paseo temblara. Laurie se encogió y saltó a las zapatillas de lona de Lloyd.

Se inclinó y la cogió en brazos sin quitarle el ojo de encima al reptil. El cuerpo de Laurie parecía vibrar, como si lo atravesara una corriente eléctrica. De tan abiertos que tenía los ojos, el blanco de ellos destacaba en todo su contorno. La imagen del aligátor a horcajadas sobre su vecino muerto había dejado a Lloyd demasiado atónito para asustarse, pero cuando recuperó la capacidad de sentir algo no fue miedo sino una especie de rabia protectora. Desabrochó la correa del collar y dejó a Laurie en el suelo.

—Vete a casa. ¿Me oyes? Vete a casa. Enseguida te sigo.

Volvió a inclinarse, aún vigilando al aligátor (que también seguía mirándole). Cuando Laurie era pequeña había cargado muchas veces con ella como si llevara un balón; en esta ocasión la pasó hacia atrás entre sus piernas cual balón directo al arco del palmito.

No le dio tiempo a comprobar si Laurie se iba: el aligátor arremetió contra él. Se movió con una velocidad sorprendente, totalmente inesperada, enviando el cadáver de Don varios palmos más atrás al pisarlo con sus robustas patas traseras. Cuando abrió la boca, dejó al descubierto unos dientes como una sucia valla de estacas. En su lengua, correosa, negra con tintes rosáceos, Lloyd entrevió trozos de la camisa de Don.

Blandió el bastón y asestó un golpe a la bestia. Le acertó en un lado de la cabeza, bajo uno de aquellos ojos extrañamente inexpresivos, pero la improvisada arma se rompió por la grieta de la caoba. El trozo roto salió dando vueltas y aterrizó en el canal. El aligátor se detuvo un instante, como sorprendido, y luego prosiguió su avance. Lloyd oyó el repiqueteo de las garras. Con la boca abierta, la mandíbula inferior se deslizaba sobre las tablas del paseo arrancando astillas grises.

Lloyd no pensó en nada. Una parte profunda de su ser asumió el control y apuñaló al reptil con lo que quedaba del bastón de Don, clavó el extremo serrado en la carne blanquecina de un lado de su cabeza con forma de pala. Agarrando el bastón con las dos manos, se inclinó hacia delante, cargó todo su peso en él, y empujó tan fuerte como pudo. Por un instante, el aligátor se ladeó. Entonces, antes de que pudiera recobrarse, se oyó una rápida sucesión de chasquidos, como pistoletazos de salida en una prueba de atletismo. Una porción del viejo paseo de madera se derrumbó y la mitad superior del reptil se precipitó al canal. Al bajar la cola, golpeó las tablas torcidas e hizo saltar el cadáver de Don. El agua hervía. Lloyd luchaba por mantener el equilibrio, pero logró dar un paso atrás justo en el momento en que la cabeza del aligátor salía a la superficie chascando las mandíbulas. Volvió a apuñalarlo, sin apuntar, y la punta serrada del bastón perforó el ojo al aligátor. El reptil se irguió hacia atrás y, si Lloyd no hubiera soltado la empuñadura curvada del bastón, le hubiera arrastrado al agua encima de él.

Se volvió y echó a correr a través del palmito con los brazos extendidos ante él; temía que en cualquier momento recibiera un mordisco por detrás o saliera disparado hacia arriba si el aligátor se acercaba nadando por debajo del paseo, se plantaba en el lecho embarrado del canal y se abría camino hacia él a través de las tablas. Pero al fin consiguió llegar al otro lado, manchado y embadurnado con la sangre de Don, y sangrando por una docena de arañazos.

Laurie no se había ido a casa. Se encontraba a unos tres metros y, al divisar a Lloyd, se abalanzó hacia él, flexionó los cuartos traseros y saltó. Lloyd la atrapó al vuelo (como un jugador de fútbol americano recibiendo un pase largo) y echó a correr, vagamente consciente de que Laurie se revolvía en sus brazos y gañía, y le cubría el rostro de lametones frenéticos. Sin embargo, más tarde lo recordaría.

Una vez que abandonó el paseo de madera, ya en el camino pavimentado de conchas, miró atrás, temiendo ver que el aligátor los perseguía con esa velocidad inesperada y escalofriante. Había recorrido ya la mitad de la distancia hasta su casa cuando las piernas le flaquearon y tuvo que sentarse en el suelo. Lloraba y temblaba de arriba abajo. No dejaba de mirar atrás, pendiente del aligátor. Laurie seguía lamiéndole la cara, pero su temblor había empezado a remitir. En cuanto Lloyd se vio capaz de volver a andar, cargó con Laurie el resto del camino. Dos veces se sintió desfallecer y tuvo que parar.

Evelyn salió a la terraza cuando Lloyd se acercó fatigosamente a la puerta de atrás.

—Sabes que si llevas al perro así en brazos no parará de pedírtelo, ¿no? ¿Has visto a Don? Tiene que terminar de poner los adornos de Navidad.

¿No veía la sangre, se preguntó Lloyd, o no quería verla?

—Ha habido un accidente.

—¿Qué clase de accidente? ¿Ha vuelto a chocar alguien en ese puente de las narices?

—Entra en casa —le urgió él.

Él mismo siguió su propio consejo sin esperar a ver qué decidía la mujer. Le puso un tazón de agua fresca a Laurie y, mientras ella bebía con ávidos lengüetazos, llamó a Emergencias.

9

La policía debió de acudir a la casa de los Pitcher nada más recuperar el cadáver de Don, porque Lloyd oyó los gritos de Evelyn. Seguramente no duraron mucho, pero a él le pareció una eternidad. Se preguntó si debería acercarse, tratar quizá de consolarla, pero no se sentía capaz. No recordaba haber estado jamás tan cansado, ni siquiera aquellas calurosas tardes de agosto en el instituto después de los entrenamientos de fútbol americano. Lo único que deseaba era acomodarse en la butaca con Laurie en su regazo. La perrita dormía; el hocico en la cola.

La policía fue a interrogarlo. Le dijeron que había tenido muchísima suerte.

—Dejando la suerte aparte, tuvo unos reflejos rapidísimos para usar el bastón del señor Pitcher de esa forma —añadió uno de los agentes.

—Si la parte exterior del paseo no se hubiera hundido por su propio peso me habría pillado —dijo Lloyd.

Probablemente también habría atrapado a Laurie. Porque Laurie no se había marchado a casa. Laurie lo había esperado.

Esa noche se la llevó a la cama con él. Laurie durmió en el lado de Marian. Lloyd durmió poco. Cada vez que empezaba a dormirse, pensaba en el aligátor plantado encima del cuerpo de Don, con esa actitud posesiva tan estúpida. Sus ojos negros muertos. Cómo le había parecido que sonreía. La inesperada velocidad con que lo había atacado. Y entonces acariciaba a la perrita que dormía junto a él.

Beth viajó desde Boca al día siguiente. Le regañó, pero antes lo abrazó y besó repetidas veces, lo que llevó a Lloyd a recordar el frenesí con que Laurie le había lamido el rostro cuando emergió de la maraña del palmito.

—Te quiero, viejo cabrón estúpido —le dijo Beth—. Gracias a Dios que estás vivo.

Luego cogió a Laurie y la abrazó. La perrita lo soportó con paciencia, pero en cuanto Beth la dejó en el suelo se fue a buscar su conejo de goma. Se lo llevó al rincón, donde lo hizo rechinar una y otra vez. Lloyd se preguntó si estaría fantaseando con que despedazaba al aligátor, y se dijo que era un estúpido. No había que convertirlos en lo que no eran. Eso no lo había leído en «¡Ya tienes un

nuevo cachorro! ¿Ahora qué?». Era una de esas cosas que uno descubre por sí mismo.

10

El día después de la visita de Beth, un guarda del Servicio de Pesca y Vida Salvaje de Florida fue a ver a Lloyd. Se sentaron en la cocina y el guarda, que se llamaba Gibson, aceptó un vaso de té helado. Laurie disfrutó un rato olisqueándole las botas y las perneras de los pantalones y luego se enroscó debajo de la mesa.

—Hemos cazado al aligátor —anunció Gibson—. Tiene suerte de seguir vivo, señor Sunderland. Era un bicho enorme.

—Lo sé —dijo Lloyd—. ¿Lo han sacrificado?

—No, y se está discutiendo si es conveniente o no. Cuando atacó al señor Pitcher estaba defendiendo un nido de huevos.

—¿Un nido?

—Exacto.

Lloyd llamó a Laurie. Laurie acudió. La cogió en brazos y empezó a acariciarla.

—¿Cuánto tiempo llevaba allí esa cosa? He paseado con mi perra por ese condenado camino casi a diario.

—El período de incubación normal es de sesenta y cinco días.

—¿Y esa cosa estuvo allí todo ese tiempo?

Gibson asintió.

—La mayor parte, sí. Oculta en la maleza y los juncos.

—Viéndonos pasar.

—A usted y a cualquier otra persona que fuera por el paseo. El señor Pitcher debió de hacer algo, totalmente accidental, que despertó sus..., bueno... —Gibson se encogió de hombros—. No sus instintos maternos, no creo que pueda definirse así, pero están programados para proteger el nido.

—Seguramente balanceó el bastón en su dirección —conjeturó Lloyd—. Siempre iba dándole vueltas. Puede que incluso le pegara un bastonazo. O al nido.

Gibson se terminó el té helado y se levantó.

—Pensé que le gustaría saberlo.

—Gracias.

—No hay de qué. Tiene usted una perrita muy linda. ¿Border collie y qué más?

—Mudi.

—Ah, sí, es verdad. Y ella iba con usted ese día.

—De hecho, iba delante de mí. Ella lo vio primero.

—También tiene suerte de estar viva.

—Sí.

Lloyd la acarició. Laurie alzó sus ojos de color ámbar. Él se preguntó, como hacía casi siempre, qué veía en el rostro que la miraba a ella. Era un misterio, como las estrellas que contemplaba cuando la sacaba por la noche.

Gibson le agradeció el té helado y se marchó. Lloyd permaneció sentado donde estaba un rato más, acariciando aquel pelaje gris nuboso. Luego dejó en el suelo a su perrita para que fuera a ocuparse de sus cosas mientras él se encargaba de las suyas. Así era la vida: te atrapaba y lo único que podías hacer era vivirla.

En recuerdo de Vixen



STEPHEN KING. Nació en Portland, Maine, Estados Unidos, el 21 de septiembre de 1947. Es un escritor estadounidense conocido por sus novelas de terror. Los libros de King han estado muy a menudo en las listas de superventas. En 2003 recibió el National Book Award por su trayectoria y contribución a las letras estadounidenses, el cual fue otorgado por la National Book Foundation.

King, además, ha escrito obras que no corresponden al género de terror, incluyendo las novelas *Las cuatro estaciones*, *El pasillo de la muerte*, *Los ojos del dragón*, *Corazones en la Atlántida* y su autodenominada «magnum opus», *La Torre Oscura*. Durante un periodo utilizó los seudónimos Richard Bachman y John Swithen.